

IRIS



NÚM. 123

BARCELONA, 14 SEPTIEMBRE 1901

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid



llegando á un grado eminente
la cólera paternal.

—¡Niño! Todo se acabó:
toma un dulce, y á la escuela.
—¡Ven, mamita! ¡Ven, abuela!
Dulce, sí; la escuela, no.

Aceptaba el monigote
derechos, más no deberes:
le apoyaron las mujeres,
y el papá cogió un garrote.

Armóse la tremolina:
—¡Socorro! —¡Leña! —¡Favor!
Y vino á todo vapor
la pareja de la esquina.

Desde entonces, no halla paz
la familia desdichada:
la miel por ella gustada
se ha convertido en agraz.

De ejemplo sirvan los hechos:
á ti, niño, porque quieres
que te quiten los deberes
y te otorguen los derechos.

Y á ti, padre; pues si un día
el chico resalta malo,
tendrás que aplicarle el palo,
por quererle en demasía.

N O.

Un padre muy bonachón,
henchido de gozo estaba
por su nene, que acababa
de romper el cascarrón.

—Pídemme más,—le decía:—
pídemme, cara de cielo
Y el obediente chicuelo
sin descanso le pedía.

Llovieron las peticiones,
y el padre, diciendo amén,
hizo su casa almacén
de juguetes y bombones.
¡Y fué la broma aumentando,
y fué el chiquillo creciendo,
siempre pidiendo, pidiendo,
y el padre dando que dando.

Más tantas cosas pidió
el inocente angelito,
que puso al cabo en un grito
al padre que lo engendró.

Destruyóse la armonía;
el chicuelo berreaba
porque se le contrariaba,
y el papá se enfurecía.

—¡Quédate aquí! —No me quedo.
—¡Qué venga el toro! —Se fué.
—¡Hazme un borrico! —No se.
—¡Bájame el sol! —Yo no puedo.

Y con rabieta infernal
se vengaba el inocente,





LA CASA SOÑADA

Alquilé yo una casa en un sitio poco frecuentado. Rentaba ocho duros al mes: era piso entresuelo, bajo de techo, con habitaciones amplias y oscuras. Tenía varias rejas y parecía una prisión.

Abriendo la puerta de un pasillo largo, se entraba en un subterráneo amurallado naturalmente, y siguiendo un camino abierto que apenas tenía media vara de altura, se llegaba á un sitio lleno de materiales de construcción, donde varios albañiles fabricaban un edificio sin acabarlo nunca. Mi habitación tenía dos entradas, una de ellas independiente: en el portal de la casa vivía la portera, mujer joven y obesa, que estaba siempre metida en su cuchitril y que apenas hablaba: con ella me entendí para el alquiler. Llevé á la casa pocos muebles, y casi todos muy antiguos: los recuerdo perfectamente; podría describirlos como si los tuviese ahora en mi presencia. Yo no vivía en la casa: estuve dos meses sin parecer por ella, y cuando iba no hacía más que pasear, entrando por donde no estaba la portera, y saliendo por el subterráneo.

Todo lo dicho, está fiel y detalladamente impreso en mi memoria; lo recuerdo una y cien veces del mismo modo, sin variación de ningún género.

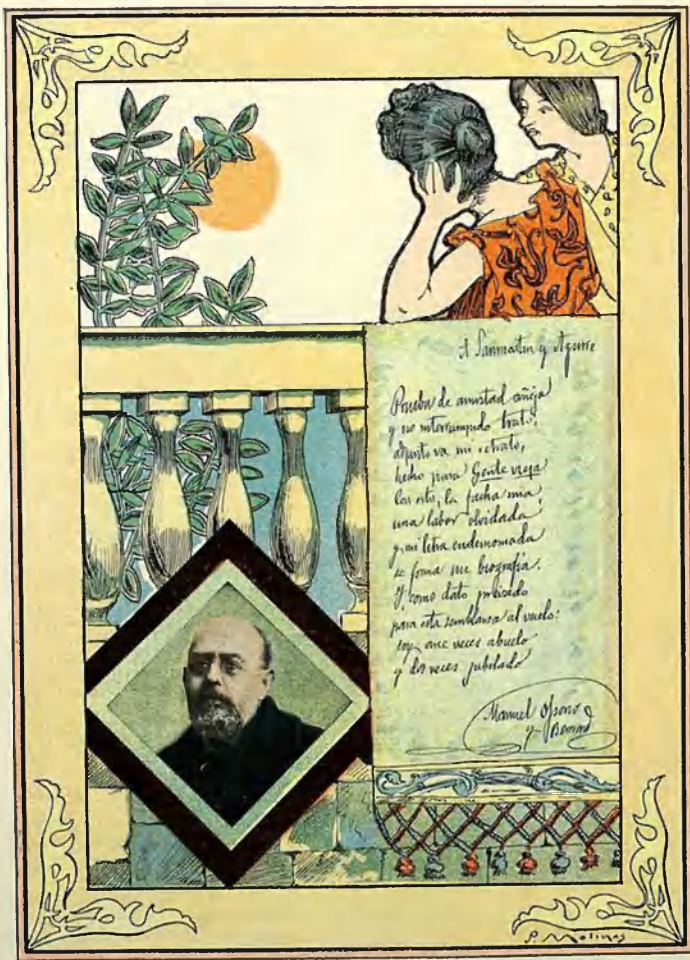
Mas ¿por qué motivo alquilé la casa? ¿Cuándo la tomé? ¿Cuándo la dejé? ¿En qué época? ¿En qué calle? ¿En qué población? Lo ignoro.

Si lo que recuerdo es un sueño, me maravilla haberlo soñado tantas veces, sin alteración alguna, pudiendo describir á todas horas con la mayor exactitud la casa, el subterráneo, la portera, los muebles... y nada más, absolutamente nada más.

Tres meses después de haber escrito en mi libro de memorias las anteriores líneas, hallé la misma casa soñada, con la misma portera, con los mismos muebles, faltando sólo el subterráneo. Y esta casa era la de un amigo mío, y yo no la había visto jamás.

Los misterios del sueño son extraordinarios.

¿Quién no recuerda algo semejante á lo que acabo de referir?





Ser jugador impenitente, es lo último que hay que ser en el mundo. Yo lo fui, durante cuatro años. Jugué á mi última carta mi último dinero, y á consecuencia de mi última pérdida estuve á punto de exhalar mi último suspiro.

El último no lo exhalé, pero si el penúltimo, y este es el caso original que voy á referir. Creo (y no lo he soñado!), haberme visto á las puertas de la eternidad, más muerto que vivo, más cerca del otro mundo que de éste que todavía me ahoga en su seno. ¡Perdí una ocasión de morir me admirable! ¡Qué lástima!

Ea una noche de locura, después de haber perdido el dinero, puse á una carta el último resto de mis bienes: el hotel en que yo habitaba: lo perdí, con todo lo que contenía.

El generoso era el Marqués de N., perfecto caballero. Me dijo:

—No tengo prisa: puede usted tomarse el tiempo que guste para cambiar de casa.

Yo le respondí:

—Lo mejor es acabar pronto. Le aguardo á usted hoy: á las dos de la tarde le entregaré personalmente las llaves del hotel.

Nos saludamos, y tomé el camino de mi casa, que ya no era mía, en un coche que tampoco era ya de mi pertenencia.

Llegué al hotel á las cinco de la mañana: me encerré en el espléndido dormitorio, y quise acostarme para gozar durante nueve horas de aquel magnífico y blando lecho, ¡por última vez!

¡Imposible goce! La caída era demasiado grande: el espíritu se negaba al descanso. Reflexioné maduramente acerca de mi situación. Todo me pareció tolerable, menos una cosa bien sencilla: el acto de despedir á mis servidores. Tener que decirles: *esto ya es de otro: aquí no tengo nada que ver: ustedes se van á la una porque yo tengo que irme á las dos...* ¡Qué vergüenza!

Tal humillación, tal sonrojo, ante aquellos seres egoístas y groseros... ¡No! ¡Nunca! Se me subió á la cabeza la dignidad, me cegó el orgullo, tomé un revolver, y... sentí que daban golpecitos en la puerta de la habitación. Pregunté:

—¿Quién llama?

La voz del cocinero me respondió melosamente:

—Señorito: anoche se le olvidó á usted darme el dinero para la compra.

Esta embajada extraordinaria me causó el efecto de un rayo. Dejé caer el revolver y perdí el sentido.



Sólo recuerdo, confusamente, que estuve enfermo muchos días, rodeado de médicos y asistido por el Marqués con una tensidad asombrosa. Todos creían que se snerifeaba por ser mi amigo; pero yo, gracias á la singular clarividencia que tenía entonces, supe muy bien lo que mi enfermero pensaba, y era esto:

—Hay que salvarle á toda costa, porque si se muere sin hablar, ¡adiós hotel y adiós ganancia!

A lo cual repuse yo mentalmente:

—Voy á hacer todo lo posible para «morirme».

Y lo hice con tanta resolución, que llegó el caso maravilloso, el dulce momento en que exhalé mi penúltimo suspiro. Sentí, poco á poco, algo que se iba hundiendo dentro de mí ser: cierto incomprensible desmayo que me enfriaba las extremidades: el calor, huyendo de mis manos y de mis pies, se batía en retirada, acosado por un enemigo misterioso, y buscaba en el corazón su última trinchera: la vida,

tomando la forma de una espiral de acero, se desenroscaba con lentitud, adelgazándose y estirándose hasta convertirse en un hilo sutil que ascendía sin cesar dentro de una atmósfera trasparente y apacible: á medida que se estiraba el hilo, sentíame yo más alejado de las cosas del mundo y se aumentaba mi admirable clarividencia.

Los médicos decían:

—Esto va por la posta, señor Marqués, y debe usted perder la esperanza: sin embargo, agotaremos los recursos heroicos, llegaremos hasta la iniquidad en los procedimientos, y si se muere, tendrá usted el consuelo de saber que se muere con todas las reglas del arte y con todos los auxilios de la ciencia.

El Marqués no decía nada, pero pensaba esto:

—¡Vaya una fiebre intempestiva! ¡Qué divertido estoy! ¡Hubierase retrasado la enfermedad seis ó siete horas y yo no tendría que hacer ninguna objeción! Y este animal ¿tendrá herederos?

Los médicos maniobraban sobre mis carnes como un ejército en el campo de batalla: no cesaban de pinchar, rajar, inyectar y quemar, y yo me reía cual un bendito, sin sentir ni una picadura.

El hilo se estiraba, se estiraba cada vez más, y á

la par que me acometió un imperioso deseo de quebrarlo, observé que una gran porción de mi espíritu entraba en regiones desconocidas y serenas, donde, lejos de todo recuerdo desagradable, experimentando un bienestar perfecto, veía moverse sombras sin poder precisar aun como eran, como vagaban por el espacio, ni que relación tenían conmigo.

Comprendía, sí, una verdad muy esencial: que iba yo ganando mucho y que no necesitaba nada. El hilo, á punto de romperse, me retenía contra mi voluntad, pero ya tirando suave, muy suave... y llegó un segundo feliz, supremo, inconcebible, en el que exhalé tenue suspiro.

De repente, con profunda sorpresa, noté que alguien cobraba el hilo hacia abajo, hacia donde yo no quería volver, y, poco á poco, el hilo fué recogándose, engrosando, convirtiéndose en espiral de acero, hasta que una mano poderosa comprimió el muelle, obligándole á encajarse en su sitio, y sujetándole con un resorte muy duro. Sentí el golpe en el corazón, y oí decir á uno de los médicos:

—¡Victoria! ¡Se ha salvado!

Hubiera querido poder ahogarle. Mas sólo tuve fuerzas para lanzar esta palabra:

—¡Imbécil!

—¿Habéis oído?—exclamó el Marqués —Creo que ha dicho ¡gracias!

NEMO



LA LANGOSTA

Casi todos los veranos, por no decir todos á secas, nos aterra el telégrafo (ese impasible instrumento de la civilización, que lo mismo transmite la risa como el llanto), dándonos desconsoladoras noticias de los estragos del devastador insecto.

La verdad es que no debía asustarnos esa antigua nueva; pues en España, en todos los órdenes, desde el natural hasta el político, la langosta es un bicho que ya está aquí aclimatado.

Y ¡qué Heliogábolos de levita, ó de cuatro élitros se estilan por estas tierras!

No digo yo el grano, sino hasta la paja, hay quien se come por acá, y se queda tan campante. Días pasados, leyendo en familia un periódico, en que se publicaban los funerales de los cereales y frutas de la Mancha, merced á la voracidad de la aligera plaga, decía una señora á su marido, que es un sabio:

—No comprendo, Hermógenes, porque la langosta hace tantos daños.

—Es el animal más engullidor que se conoce.

—Bien mirado, se parece al cerdo. Como tragan tanto uno y otro, por eso están tan ricos.

—Pero ¿á qué langosta te refieres?

—Pues, á la que nosotros solemos ¡ay! saborear de año en año.

Don Hermógenes soló una carcajada homérica, esto es, de burla olímpica, y replicó á su ignorante cyposa:

—La langosta de que ahora se trata no es la que se come á la vinagreta, sino la que nos come nuestro pan. Es un insecto, un ortóptero, con unas mandíbulas enormes, y tan prolífico que á pesar de los muchos enemigos que tiene, cuando cae sobre un campo, lo arrasa en un momento, y cuando vuela, eclipsa al propio astro del día.

La esposa del sabio quedó haciéndose cruces. Pero, con las cruces, según los experimentos modernos, no se espanta á esos tragalones animales, sino con la golosina.

Yo creo que no se les espanta con nada, y que no aparecen sólo en estío. ¿Quién no las encuentra por todas partes y en todas las estaciones del año?

Si yo fuera Plutarco, escribiría ahora un ensayo de *vitas paralelas* entre los insectos referidos y muchos personajes de nuestra raza.

Unos y otros, se aplican á rascarse la barriga, ó á roer lo que los demás siembran.

Se ha referido que las langostas han entrado en la Mancha hasta por las chimeneas. Y ¿qué? ¿Los recaudadores de contribuciones no penetran más descaradamente por nuestras puertas, y nos arrebatán hasta el plato donde tomamos el sustento?

Una ventaja nos llevan los ortópteros, como decía D. Hermógenes, á favor suyo; no obstante su multiplicidad fabulosa. Sólo hay cuatro clases de ortópteros: la *tigereta*, el *grillo*, los *saltones* y la *langosta*.

Entre los hombres hay muchísimas más clases de roedores, chupadores, saltarines, danzantes, cantaores, etc., etc.

Su número es infinito. Porque es una ley de la vida que los pequeños confían su venganza y su poderío á la cantidad. Un microbio no es nada; pero un millón de microbios es un ejército formidable.

Por eso son sin cuento, y muy temibles por esta razón, nuestras respetables y distinguidas langostas,



contra las cuales no ha descubierto aun la ciencia mejor procedimiento extirpador que la horca.

Pero, la horca sólo se queda para los asesinos, complicados en ladrones, no para los vampiros que saben escurrir el bulto. Por muy asoladora que sea la plaga que ha caldo sobre la Mancha, y está para caer en otros puntos, la langosta vive y medra en todas nuestras comarcas, durante todo tiempo, sin que nadie se alarme demasiado.

No tienen seis patas como las auténticas; pero corren que se las pelan cuando tratan de zamparse un negocio. Y lo que es a quijadas no le ganan las otras, nuestras terribles huespedas estivales.

Pueden masticar hasta un Ministerio entero, con piedra y cascote. Por lo demás, nuestras langostas nacionales tienen un cultivo adecuadísimo en nuestro propio suelo, en el seno mismo del hogar, en el santuario de la familia. Una señora, viuda de un consejal, que no dejó rentas, aunque sí edificantes ejemplos de «langostismo», no cesa de predicar á sus hijos:

—Siempre que seáis empleados, me haréis el favor de suprimir las parquedades y las pulcritudes. Mientras más traguéis, mejor. Lo que vosotros no os comáis se lo comerán los demás.

Y el hijo mayorcito que estuvo de meritório en una oficina, durante las últimas elecciones, no echó en sacorotolas enseñanzas maternas, pues se tragó el papel, las obleas, la goma líquida, las plumas, la salvadera y la tinta que encontró á su alcance.

—Y no experimentó ningún cólico!

Fué lo que se llama una verdadera langosta «vastatrix».

Para langostas, en otro género de consideraciones los pobres, esto es, los vagabundos, los pilluelos. Conozco á uno de estos muchachos, que se pasa las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio. Quiero decir que cuenta innumerables hambresatradas. Yo suelo emplearle en algunos encargos, dicho sea sin jactancia filantrópica. Y el chico me estima, y sobre

todo me asedia, especialmente cuando almuerzo en el café, junto á una de sus ventanas. El pan sobran te, el hueso de las chuletas, lo gordo del biftec, los terrones de azúcar restantes... ¡Todo lo recoge!

—¡Hoy vas á almorzar conmigo! —le dije una mañana.

—¿Con este traje? —repuso, mostrándome sus harapos.

—Con el traje no se come, sino con... el apetito. ¿Tienes mucho?

El pillete bostezó descomunamente. Y pasó adelante. Su traje, á la verdad, no era muy de moda, aunque sí muy propio del verano. El moderno Rinconete iba casi desnudo. Se sentó, pues, á mi mesa, no sin darse antes una vuelta por la cocina para propinarse un fregoteo en cara y manos.

—¡Vamos! ¡Píde lo que quieras! —dije.

—¿Yo? No, —contestó con modestia. —Lo que usted mande.

En suma, para abreviar detalles, se tagoló una tortilla, una ración de ternera, un plato de escabeche, una ensalada rusa, dos panecillos, un café con tostada entera y un vaso de leche, amen de una botella de vino y otra de selzt. Pero aun puede ponerse como tipos superiores de langostas á otros seres de nuestra especie. ¡A los frailes! ¿Quién no hubo de admirar aquellas sus paternales barrigas, aquellas sus dobles y aun triples papadas, aquellos sus carrillos morcilludos y lustrosos?

Es cierto que á estas langostas venerables se los ha ido dando de tiempo en tiempo un poco de goslosina, y parece que ahora no se multiplican tanto, ó no se las deja que se multipliquen como antes, á pesar de las irrupciones frecuentes que llevan á cabo por nuestro territorio. Siguen devorando, si ¡pardiez! Pero lo hacen en silencio, y donde nadie los vea.

EMILIO RIVAS





PIGMALION Y GALATEA, grupo por León Gerôme

CHIFLADURAS

La venida al mundo de Santiaguito, fué saludada con la misma alegría, por sus padres, con que un sobrino pobre recibe la noticia de que un tío rico acaba de fallecer, dejándole por heredero. Durante su lactancia y primera niñez, no le ocurrió nada que de contar sea. A los cinco años ingresó en la escuela del barrio donde conoció las influencias de la civilización en ciertas partes de su cuerpo, y aun- que no era posible que tuviese aun ningunas nociones de geografía, envidiaba por intuición a los hijos de los salvajes de Nueva Zelanda, los cuales, como no van a la escuela, no sufren vapuleos por no saber las lecciones.



El germen de la discordia dormía aun en casa de sus padres; pero lo germen, de no perecer, crece y se desarrolla en una época determinada. Esta época fué cuando Santiaguito empezó a estudiar latinidad.

El padre quería que a todo trance siguiera la carrera de las armas; la madre se inclinaba a la de la Iglesia; el uno veía en su primogénito un futuro capitán general, al frente de un ejército vencedor, entrar en Madrid en un día de sol radiante, para recoger los laureles alcanzados en buena guerra; la otra prefería verle, primero en un arzobispado, luego en un Cónclave de Cardenales y, por último, ciñéndose la tiara pontificia; porque la imaginación de una madre no reconoce límites ni barreras cuando se trata de cosas que puedan engrandecer al hijo que ha llevado en sus entrañas.

Todas las noches, al acostarse el matrimonio, decía *sott voce*:

El. — ¡Será general!

Ella. — ¡Será Papa!

Estos deseos se significaban y acentuaban más cada día. El compraba a Santiaguito mochilas y teresianas de cartón, sables, fusiles y caballos, le llevaba a la parada de Palacio, a las revistas y demás ejercicios militares. Ella le regalaba santos que colocaba en un altari- to; cálices, incensarios y otros atributos propios de la carrera eclesiástica; le llevaba a misa, hacia que alumbrase en las procesiones vestido de monaguillo, y basta tuvo la ocurrencia de hacerle por su mano, y de percalina, un traje pontifical, que hizo vestir a Santiaguito, al cual colocó después sobre la mesa de la cocina, y luego le besó una zapatilla de orillo que hacía el papel de sandalia.

De aquí resultaron dos cosas; primera: que ambos padres se atrevieron a manifestar en alta voz sus deseos, y como eran tan opuestos, no fué posible que llegaran a una transacción; y segunda: que el carácter del muchacho empezó a resentirse de aquella educación tan extraña, que le colocaba con un pie en el cuartel y el otro en la sacristía; entre los concilios de los padres y maestros, y los manuales de la táctica moderna, en fin, entre la es- pada y el solideo.

La vida del matrimonio, tan pacífica y tranquila antes de la llegada al mundo de aquel Pío Vó Napoleón I, fué desde entonces una serie no interrumpida de disgustos que terminaron de una manera fatal para ambos conyuges. El se arrojó una noche del balcón de un piso tercero, y ella falleció a poco de un aeurisma.

A los diez y seis años Santiaguito veía deslizar su existencia, sin amigos, sin afecciones, entregado a las rarezas que producía en él su antitético carácter.

Muchas veces se le veía con el sombrero ladeado como un calavera, persiguiendo a una modistilla; entonces predominaban en él los instintos paternales.

Otras, pasaba por una iglesia; el humo del incienso se le subía al cerebro; entraba y se ponía a rezar fervorosamente, dándose golpes de pecho, inspirado por el espíritu de su madre.

A lo mejor en un café, por la cosa más insignificante, daba á cualquiera una bofetada y hacia uso del bastón como si hubiera tenido en la mano la espada de Marengo ó de Austerlitz, y á renglón seguido, bajaba los ojos, pedía perdón al abofetado y hasta le presentaba una mejilla para que tomase la revancha.

No podía darse carácter más original, ni que diese simultáneamente frutos tan opuestos; era lo mismo que un nogal que produjese al propio tiempo nueces y peras de *don Guindo*.

Relaciones de sociedad ó más bien, su estrella, le condujeron en cierta ocasión á casa de D. Homobono Aguirre, apreciable sujeto que cobraba cinco mil pesetas de jubilación, y que tenía dos hijas encantadoras en la flor de la juventud y de la belleza.

Josefina y Pura completaban entre las dos el carácter estrambótico de Santiaguito. Josefina era una especie de amazona que adoraba el estruendo, las relaciones de batallas y de hechos esforzados.



A haber nacido hombre hubiese descubierto un nuevo mundo como Colón ó ganado batallas como César. Pura era el reverso de la medalla: propendía al misticismo: hubiera hecho una majestuosa y solemne abadesa en el monasterio de las Huelgas; en su aliento había algo del aroma del incienso, así como en su voz de contralto tenía mucho de las notas graves del órgano.

Josefina era el fragor de la batalla: Pura la antífona del salmo.

Santiaguito viéndose reproducido tan exactamente, empezó á visitar la casa con furor y ensañamiento; allí tenía encarnadas las dos aspiraciones de su genio raro y desigual, y como no podía menos de suceder, porque ambas jóvenes eran lindísimas, se enamoró perdidamente de las dos; y por primera vez en su vida, envidió la libertad que tienen los turcos respecto á las mujeres, y de buena gana hubiera en sayado el harem.

En una misma noche se declaró á las dos: corriendo de una á otra, según los sentimientos de que se encontraba poseído; amaba y aborrecía al mismo tiempo, y en este desasosiego febril encontraba á la par placeres y dolores.

Aquella asiduidad y aquella vehemencia de sentimientos llamaron la atención de don Homobono, quien por medio de frases muy políticas puso á Santiaguito en el caso de explicarse. El enamorado joven pidió y obtuvo un plazo de veinticuatro horas. Aquella noche no durmió, meditando en la elección que era for-

tuvo un plazo de veinticuatro horas.

A la hora indicada para la entrevista, Santiaguito vestido de punta en blanco se presentó en casa de D. Homobono. Júzguese de la sorpresa de éste, cuando el pretendiente, muy serio y con el tono enfático del que pronuncia un discurso en una academia le pidió la mano de sus dos hijas.

El pobre hombre retrocedió asombrado: era lo menos que podía hacer, mientras que Santiaguito, no dándose cuenta del disparate que cometía, se esforzaba en probarle que aquello era la cosa más natural del mundo, y que así como un frac tiene dos faldones, sin dejar de componer una prenda, un hombre, en su caso, puede y debe tener dos mujeres.

Pero D. Homobono, que no entendía aquella filosofía por partida doble, le mandó salir inmediatamente de su casa; conminándole si así no lo hacía, con ser arrojado de ella por una pareja de orden público.

Entonces sucedió una cosa extraña: Josefina y Pura, que amaban al mancebo, sugestionadas sin duda por éste, se presentaron en la sala tratando de convencer á su padre y á sí mismas, porque ninguna quería ceder el puesto á la otra. Santiaguito no perdía nada teniendo dos mujeres: pero ellas ganaban poco dividiendo un marido entre las dos.

El debate se hizo acalorado y tempestuoso por parto de todos; ya no se alegaban razones, se imponían órdenes; los semblantes estaban rojos, las fauces secas y los ojos parecían querer saltar de las órbitas. Afortunadamente no había armas, pues de haberlas la discusión hubiera acabado á tiros.

Don Homobono se tuvo que rendir á la evidencia. Aquellos tres infelices estaban locos. Hizo llamar á un médico que vivía no lejos y mostrándole con el dedo aquel desordenado cuadro, le preguntó:

—¿Qué hacemos en este caso?

—Mandarlos á Leganés.

EDUARDO DE LUSTONÓ

EL ARTE RUSO



EL PRESTAMISTA, cuadro de J. Losseff

La obra de Losseff pertenece á lo que se llama *pintura de género ó anecdótica*, pero solo en el concepto formalista; en el fondo es una tragedia no menos tremenda que la más tremenda de Esquilo ó Shakspeare.

El autor ha expresado admirablemente la situación y dibujado de una manera cruelmente realista los tipos, y de ahí la impresión punzante, dolorosa y tristísima que produce la escena. Abi está la pobre mosca cogida entre las redes de las horribles arañas, mas repugnante aun la hembra que el macho. Es la implacable y refinada ferocidad de Shyllock, agravada por el odio del arrogante eslavo. El desdichado oficial, en gravísimo compromiso, acude para salvar su crédito al prestamista, sin ver que corre peligro de dejar no solamente su piel entre las garras del bandido, sino tambien su honor.

El cuadro no tiene nada de divertido, pero en cambio es algo más que una simple *cosa de belleza*: es la revelación de un cáncer y la divulgación de que todo, incluso las más preciadas instituciones, están sujetas al poder infame del oro. Si en lugar de un oficial del ejército ruso el autor hubiera representado un paisano el cuadro no tendría la transcendencia que tiene, y caracería del carácter general que reviste ahora. ¡Todo tiene que rendirse ante la riqueza, aun lo más puro y lo más noble!

Losseff es hoy uno de los pintores más distinguidos de Rusia, donde la abundancia de artistas, sin embargo, no está aun en razón directa de su mérito; la acuarela, con todo es un género para el cual poseen notables condiciones. De todas maneras, parece que los rusos tienen que aprender mucho aun en punto á solidez y corrección del dibujo.



EL ESTANQUE, Cuadro de David Murray

LA CUCANA

—Muy buenas. ¿Está D. Justo?
—Debe andar por la trastienda.
—Si quisiera usted llamarlo...
—Sí.

—Dígame que le espera
Bonifacio Zarandaja.
—¿Usted es ese de Tudela
que recomienda D. Lino?
—Servidor.

—En mala época
viene usted aquí á hacerse hueco.
¡Está la cosa tremenda!

—Pues yo traía esta tabla
para ver si usted la acepta.
No es nada. Puedo hacer más.
La necesidad me aprieta.
—¡Caramba! Es poquita cosa.
Ya á nadie gusta esta escuela
Nada de cuadros «lamidos».
Efectismos, luz... cualquiera
que traiga usted de esa clase
lo compro en el acto.

—¡Sea!
—¿Está usted mal, por ventura?
—Por desgracia, en la miseria.
—Pues no desmayar. Ahora
trabaje como una fiera.
El arte es una cucana.
Se lucha, pero se llega.
Y usted tiene sobre muchos
una ventaja. La buena
amistad que me une á Lino.
¡Usted llegará á la meta!

—¿Otro cuadrito? ¡Caramba!
Estos tienen poca venta.
Nada de luz, ni efectismos.
Ahora la corriente nueva
son los cuadros «acabados»,
detallistas, los que pecan
de «lamidos». Y pequeños;
nada de bulto. Cualquiera
que traiga usted de esa clase
lo compro en el acto.

—¡Sea!
—Que no le entre el desaliento.
Eso le pasa al que empieza.
El arte es una cucana.
Y, sobre todo, usted cuenta
con mi protección. ¡No puedo
prestar hoy ni una peseta!

—¿Otro cuadro? Hombre, no es feo.
Pero es chico y no es de venta.
Los cuadros, grandes...

—¡Por vida!
—No se apure usted ¡canela!
El arte es una cucana.
—Con la semejanza esa
me está usted tomando el pelo
por lo visto.

—¡Hombre esta es buena!
Cuando procuro allanarle



los obstáculos que encuentra...

La semejanza es exacta.
Hoy hay aquí tres docenas
de mozos que se disputan
el alcanzar la bandera.
Lo que tiene es que está alta
y de rosas no se llega.
Bien; pues para usted, en cambio,
por una gran deferencia,
está la bandera baja.

—Justo...
—Más ¿por qué se queja?
—Porque usted, como otros muchos,
ponen la bandera cerca,
más cuando empiezo á subir
¡me tira usted de las piernas!

FELIPE PÉREZ, CAPO

PEPITORIA

BIBLIOTECA ROSA

Tal es el título de una nueva y elegantísima colección de tomos de 150 á 200 páginas, con preciosas cubiertas al cromo y cómodo tamaño, conteniendo las obras de los mejores novelistas de Europa, traducidas con inmejorable esmero y siempre íntegras.

Van publicadas hasta ahora las siguientes obras:

La Comedianta, por Paul de Molènes, con grabados.

Drama de amor, por Federico Soulié.

Las Animas del purgatorio, por Próspero Merimée, con grabados.

Pecados de la juventud, por V. Perceval.

La Justiciera de sí misma, por Carlos Bárbara, con grabados.

Terceta, por Julio Ruiz Montero.

El Capitán Burle, por E. Zola.

Las sendas de Dios, por B. Björnson.

El monstruo, por Carlos Bodin.

Naida Micoutin, por E. Zola.

El sillón fatal, por Pedro Newski.

Un crimen infame, por K. Murger.

Noche trágica, por E. Daudet.

Un Drama sangriento (dos tomos), por Luis Jacolliot.

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromo, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El Tesoro del Pirata, por Roberto Luis Stevenson, con preciosos grabados.

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Bárbara.

Magdalena la Mendiga, por Luis Jacolliot.

El crimen del molino de Usor, por L. Jacolliot.

Orso, por Enrique Syenekewicz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 60, Barcelona.

En Madrid, *Librería Agrícola*, Seirano, 14.

Para revistas económicas, amenas, instructivas y bonitas, no hay como **NUEVO SIGLO. LA NOVELA DEL CAPUCHINO**, que publica ahora, aumenta en interés á cada pliego y promete ser una obra de excepcional trascendencia.

ROMPECABEZAS

¿DÓNDE ESTÁ LA LETRA?

C	A	P	E	Z	A	T	A	L
M	O	N	T	E	S	D	O	Y
F	A	U	N	O	S	I	M	A
R	E	E	C	U	D	I	A	S
E	L	I	S	E	O	P	U	E
C	A	Ñ	A	P	R	A	D	O
A	L	O	N	S	O	R	I	A
M	E	Q	I	Á	S	I	A	G
A	G	U	A	M	A	S	T	R
V	I	E	J	O	V	E	N	T
S	I	E	N	D	O	E	L	E
S	O	L	D	A	D	O	V	E
L	U	C	E	R	O	S	A	L
A	M	A	R	B	A	I	L	E
Ó	P	E	R	A	L	Z	A	D
L	O	B	I	E	N	T	E	R
G	A	L	E	N	O	M	I	L

Empezando desde la letra **M** colocada en el centro, que como se ve esta representada con carácter más grueso, sígase un camino que se vaya dibujando la forma de una letra del alfabeto, pero de manera que se vaya leyendo un *refrán* por las letras por donde se pase.

NOVEJARQUE

El autor dramático, ha dicho un ilustre crítico, debe presentar al público, no una linterna mágica, sino un espejo.

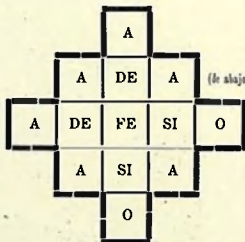
Escribete de Buenos Aires que hacen gran furor allí para combatir los callos los frascos **LADIVONSIM**.

Las soluciones en el próximo número

SOLUCIONES

a los pasatiempos del número anterior.

Losinje charadístico.—



Jeroglífico.—Alhaja que tiene boca nadie la toca.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Petroff.—Porro!—El cueto es original, pero necesitaría alguna corrección de forma.

E. G.—Como agradarnos, me agrada la poesía, por la franqueza, pero desgraciadamente esto no basta.

R. del V.—Palma.—Aceptado el cuentecillo.

R. M. H.—El cueto tiene poco interés.

J. B.—Valencia.—Leo sus cartas con deleite por la gracia que tienen. Escribo usted algo más y crea que tendrá mucho gusto en servirle.

S. A. N.—Barcelona.—Aceptado y gracias.

M. A. D.—Mataga.—La poesía *A mí* me ca muy bonita *d* irá. Las otras no valen, ni de mucho, tanto. El jeroglífico lo tiene el dibujante.

E. M. G.—Toledo.—Todo está muy muy bien, y se irá publicando á pequeñas dosis.

F. P.—Bilguera.—Muchas gracias por los sonetos.

M.—El Escorial.—En breve publicaremos los dos inspirados sonetos con que nos ha favorecido.

M. F. G.—Zaragoza.—Como el artículo ha brisa de tardar algo en publicarse, perdería la oportunidad.

S. A.—Lérida.—La *Rápida* carece de interés y además está plagada de oraciones en verso y de asonancias y consonancias.

P. P. S.—Madrid.—Los versos están muy bien, pero como son libres, según dicen eso no les gusta á la inmensa mayoría, se los desuolvo, con sentimiento.

Parajo.—San Sebastián.—Examinado el cuento resulta que su homónimo, el de la zarzuela, era un Séneca, un Menéndez Pelayo en comparación de usted. ¡Qué manera de enanar dialectos, impropiedades y... barbaridades!

En fin, para que se jurece: «Don Illegio Pintó era un boticario que tenía una viña de coles en la cordillera cantábrica. Y vendía unguentos y prospectos... Llevaba bastón y se beatía en casa de un bazar de paraguas... Etcétera, etc. Parajo, tu malo estás sabo.»

REKVVADUO DE LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSERTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLAZA DE TETUAN, 60.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid